

solazarse al removerlas y especular con la avidez malsana de ciertos lectores, sino con el propósito preconcebido y calculado de provocar un estremecimiento de horror y curar de ellas á los hombres mostrando la horrorosa profundidad de esos abismos. Las más bruscas escenas, los capítulos más ruidos, tienen siempre como epílogo ó moral de la romancesca fábula una enseñanza inapreciable para el que vé por encima de los detalles anecdóticos el encadenamiento y el origen de las cosas, la fuente del mal y el cauce del remedio. Sólo haciendo prueba de un empecinamiento inexplicable, se puede sostener después de haber releído los más osados volúmenes del enorme poema, que Emilio Zola fué un escritor inmoral. Por sobre las torpezas y los crímenes de los degenerados y los enfermos que su pluma ciclópea hace brotar del tronco de una familia, en la autopsia de una época y de una sociedad, flota un soplo tan poderoso de altruísmo, de justicia, de verdad, de transformación deseada, que parece que junto al cieno de la realidad presente, se alza la realidad futura que el novelista construye en su deseo.

Y ese propósito se afirma, se robustece y estalla en las grandes obras posteriores que como «Las tres ciudades» ó «Los cuatro evangelios» se acercan más al presente ó avanzan más hacia el porvenir. De la cloaca de los Rougon, que sintetizan la bajeza y el oprobio de una colectividad enferma, comienza á surgir con los Froment, al semilla de la transformación que debe convertir el pantano en un jardín lleno de flores. De la abyección presente sale la flecha luminosa hacia el porvenir. En *Lourdes*, en *Roma*, en *París*, fermenta el deseo y la ansiedad de una reforma vasta que ponga un poco más de azul en la vida. Y el hosco pintor de humanas podredumbres, el dantesco evocador de *L'Assommoir* y de *La Terre*, es también el alegre y sano constructor de las ciudades ideales de mañana que en *Fécondité* y en *Travail* levantan hasta las nubes sus delicados minaretes de ensueño. Después de ha-

ber hurgado en la espantosa realidad de lo que nos rodea, sus ojos se vuelven hacia el punto del horizonte por donde debe salir el sol. Y sus páginas son explosiones de justicia, de mansedumbre, de sano amor. Desde los altos andamios de sus capítulos, nos sonrío la cara gozosa del constructor, reconciliado con la vida en el porvenir. Y su prosa es como un repiqueteo de campanas de usina nueva, donde se cantan las glorias del trabajo redentor, y el encanto de la buena felicidad, en noble comunión con la naturaleza.

¿Cuál es el fondo filosófico de la obra de Zola? ¿Es pesimista? De ningún modo. Todo habla en sus libros de fuerza y de esperanza. Para convenirse, basta esta frase en que el genial novelista condensa su pensamiento: «La felicidad no está en la mentira y en la ignorancia. Está fuera de la ilusión, del ensueño vacío que enerva y desespera. La felicidad está en la aceptación valiente de la vida, que merece ser vivida por ella misma, y que debemos creer buena á pesar de todo. Está en la satisfacción del deber cumplido, en el trabajo bienhechor supremo que todo lo crea, que da la salud, que ordena y pacifica el universo, que es el gran consolador. ¡Qué importan las miserias y las abominaciones!» Zola ha sido el poeta épico del esfuerzo, de la labor tenaz, de la sana y vivificante acción. Y en estos tiempos de cobardía universal y de universal mentira, en que cada cual se encierra en su egoísmo y se aísla en su cueva para rellenarse el corazón con páginas de Nietzsche, es más admirable y más asombrosa aún la figura de ese atleta que pasa sembrando altruísmo por el desierto arenoso de la vida.

Y no es que el apóstol ahogara en él al escritor. Su prosa matizada y audaz, llena de medias tintas y de ímpetus vigorosos, llena de descripciones deslumbrantes y de atrevidas síntesis, es un río caudaloso donde se refleja el cielo. Todas sus verdades nos las da envueltas en bellezas. Nadie ha manipulado con él las situaciones y los hechos, los personajes y las cosas, creando